

Este ensayo pretende desarrollar una explicación “lógica” de los relatos tomárño compilados por el antropólogo Guillermo Sequera, intentando superar las miradas misticistas y la folclorización del chamanismo. Con este propósito nos aproximaremos a los cuentos seleccionados más allá de su carácter ficcional para examinarlos en su dimensión historiográfica y antropológica, poniendo énfasis en la explicación de los factores materiales, sociales y culturales de la existencia. En este sentido, nos proponemos poner de relieve la función que ha desempeñado este universo narrativo como dispositivo cultural movilizador en la adaptación humana al medio biológico.

Transitando entre la ficción y el mito, la historiografía de los tomárño da cuenta del desarrollo de la técnica y los conocimientos relativos a las estrategias de supervivencia, las guerras intertribales, las migraciones, la colonización y la llegada a sus territorios de las empresas dedicadas al extractivismo forestal.

La oratura indígena raramente ha sido tomada en serio como relato de la historia. Los estudios literarios y el indigenismo han insistido en el valor poético y la imaginación creadora de los contadores de historias, pero por regla general han soslayado su función social bajo puntos de vista museológicos y conservacionistas. La fuerza vital del relato histórico de las culturas

indígenas ha sido relegada por el afán de “rescatar” los vestigios de un pasado que se considera agonizante. Por el contrario, cabe sostener que estas culturas están vivas y en permanente recreación a través de sus vinculaciones con la sociedad envolvente, de la que han incorporado y resemantizado numerosos elementos.

No obstante, este trabajo no podría declararse exento del intervencionismo que impregna el espíritu de la sociedad envolvente. Esto desde el momento mismo en que un cronista externo, deliberadamente o no, se erige en “sujeto” de un “objeto” de estudio, una relación de orden eminentemente jerárquico. La conciencia etnocéntrica ha formulado un complejo de estereotipos que, entre otras cosas, genera una cierta sensación de extrañeza ante los “residuos primitivos” que no han terminado (aún) de ser arrasados por el torrente de la modernidad.

Como síntesis de los diálogos e intercambios mantenidos durante nuestra estadía en la comunidad María Elena, departamento de Alto Paraguay, podemos afirmar que los tomárãho no se plantean como sociedad revivir un pasado ideal que ya no existe, sino más bien convivir en una contemporaneidad hostil con herramientas culturales propias a fin de enfrentar y asimilar los cambios con mayor autonomía. Por tanto, procuraremos mantener distancia de los esencialismos bajo la premisa de que ningún orden social es natural e inmutable. A su vez, como cualquier construcción histórica es posible intervenir y alterar su curso.

Este ensayo está dividido en dos capítulos. En el primero esbozamos la perspectiva teórica en la que se basa el análisis de las narraciones, en tanto que en el segundo tomamos algunos de los cuentos para sustentar nuestro punto de vista. El objetivo es exponer de qué manera la tradición oral ha actuado como estrategia adaptante, particularmente en la gestión de los recursos naturales.

Por último, a raíz de que nuestra principal fuente es una compilación inédita, añadimos un anexo en el que se reproducen las historias analizadas a fin de que el lector, además del disfrute que sin duda generarán los pasajes de esta saga, tenga a disposición los elementos necesarios para sacar sus propias conclusiones.

## Las estrategias adaptantes

En este primer apartado ofreceremos una visión panorámica de los postulados teóricos en los cuales se basa nuestro análisis de la narrativa tomárãho. Así, el punto de partida es el papel de las construcciones culturales en los procesos adaptativos. El rol de los contadores de historias ha sido fundamental en la salvaguarda del derecho consuetudinario y la regulación de los medios necesarios para la vida. Nuestro objetivo es abordar los relatos —mágicos en grandes pasajes— desde la función adaptante que han cumplido en la organización económica, social y política.

Ahora bien, el concepto de estrategia adaptante fue acuñado por el antropólogo norteamericano Yehudi Cohen (1974), quien la define como el sistema de producción económica de un grupo. Cada estrategia implica un modo particular de uso de las energías del hábitat y del cuerpo con fines productivos. En arreglo a este fin, nuestra especie ha desarrollado dispositivos culturales, como las herramientas, para coadyuvar e incluso reemplazar por medios mecánicos la energía humana. La adaptación cultural (el lenguaje, las conductas aprendidas, la fabricación de instrumentos, etc.) es una capacidad diferencial de la especie humana.

Cohen enumera cinco tipos de estrategias adaptantes o formas de vida: forrajeo, horticultura, agricultura, pastoreo e industrialismo. A cada modo de producción corresponde una forma distinta de institucionalización de las conductas. Las sociedades silvícolas y hortícolas, con reducida o mínima estratificación social, no han regulado la convivencia a través de un Estado y fuerzas coercitivas como sí se da en las economías modernas basadas en el capital y la acumulación.

Por otro lado, la cultura y el ambiente interactúan en una relación dinámica y ejerciendo entre sí una influencia recíproca. Es decir, la especie humana transforma el medio biológico a través de intervenciones culturales, pero al mismo tiempo su complejo de valores y creencias está fuertemente condicionado por las características de sus nichos ecológicos. De esto, entre otros problemas, se ocupa la ecología cultural, que estudia cómo la utilización humana de la naturaleza influye y es influenciada por la organización social y los valores culturales (Bennett, 1969).

En el complejo narrativo de los chamacoco es posible distinguir una explícita racionalidad económica, entendiendo esta como la administración de recursos escasos ante necesidades o deseos siempre ilimitados (Rivarola Paoli, 2010). Partiendo de este supuesto, nos proponemos demostrar cómo las fábulas, más que meras supersticiones o creencias sin sustento material, constituyen un sistema coherente que ha cumplido un papel fundamental con vistas a la racionalización de los bienes disponibles.

## Modos de producción y organización social

Los modos de producción determinan cómo los grupos humanos se organizan socialmente, regulan las fuerzas de reproducción y su crecimiento demográfico. Entre los forrajeros la organización social predominante fueron las bandas nómades, en tanto que las sociedades agrícolas e industriales se instalaron en asentamientos más estables como las ciudades.

Una de las principales diferencias entre las sociedades preindustriales y las industriales es la cantidad de personas que se ocupan de la obtención de alimentos. Mientras entre las primeras la mayoría de sus miembros —si no todos— se dedicaban a la colecta, caza o cultivo; entre las segundas —con procesos de producción tecnificados y especializados— solo una parte de la fuerza laboral se emplea para responder, con distintos grados de eficacia, a la demanda de nutrientes. Estos circulan en forma de mercancía y son adquiridos a través de transacciones comerciales.

Aunque existan diferencias de género y edad, en las formas de organización tribal la estratificación socioeconómica es mínima. La división social del trabajo reservaba a los hombres las actividades de caza y pesca, en tanto que las mujeres estaban a cargo de la recolección y la elaboración de tejidos y cestería. En la actualidad, en cambio, las mujeres también se dedican a las actividades agrícolas y la pesca, un cambio que con seguridad tuvo sus transiciones y conflictos.